Ubik

Philip K. Dick

Traducción:
Manuel Espín, cedida por Martínez Roca

A Tony Boucher

Ich sih die liehte heide
in gruner varwe stan
dar suln wir alle gehen
die sumerzeit enpahen.

Veo el bosque soleado
reluciente de verdor;
¡vayamos pronto, corramos,
que el verano ya llegó!

1

> Hoy toca hacer limpieza, amigos: estos son los descuentos con los que liquidamos nuestros silenciosos Ubiks eléctricos. Sí, tiramos la casa por la ventana. Y recuerden: todos nuestros Ubiks han sido usados exclusivamente de acuerdo con las instrucciones.

A las tres y media de la madrugada del cinco de junio de 1992, el principal telépata del Sistema Sol cayó del mapa situado en las oficinas de Runciter Asociados en Nueva York. Aquello hizo que todos los videófonos se pusieran a sonar. Durante los dos últimos meses, la organización Runciter había perdido la pista de demasiados psis de Hollis; aquella desaparición era la última gota.

—¿Señor Runciter? Siento molestarle. —El técnico del turno de noche en la sala de mapas carraspeó

nerviosamente mientras la voluminosa y desaseada cabeza de Glen Runciter emergía hasta llenar por completo la videopantalla—. Hemos recibido noticias de uno de nuestros inerciales. A ver... —Revolvió un desordenado montón de cintas del grabador que recibía las comunicaciones—. Lo ha comunicado la señorita Dorn; como recordará, le había seguido hasta Green River, Utah, donde...

—¿De quién me habla? No puedo tener siempre en la cabeza qué inercial está siguiendo a qué telépata o a qué preco —masculló, soñoliento, Runciter. Se alisó con una mano la ondulada masa de cabello gris—. Vaya al grano y dígame cuál de los de Hollis es el que falta ahora.

—S. Dole Melipone— dijo el técnico.

—¿Cómo? ¿Que Melipone ha volado? No me tome el pelo.

—No le tomo el pelo— aseguró el técnico—. Edie Dorn y otros dos inerciales le siguieron hasta un motel llamado «Los Lazos de la Experiencia Erótica Polimorfa», un complejo subterráneo de sesenta módulos que recibe una clientela de hombres de negocios y sus fulanas. Edie y sus colegas no creían que Melipone estuviera en activo, pero para asegurarnos mandamos a uno de nuestros propios telépatas, G. G. Ashwood, para que le leyera. Ashwood encontró un verdadero lío envolviendo la mente de Melipone y no pudo hacer nada, así que volvió a Topeka, Kansas, donde ahora rastrea una nueva posibilidad.

Runciter, ya más despierto, había encendido un cigarrillo. Con la mano en el mentón y expresión sombría, seguía sentado, mientras el humo del cigarrillo se elevaba a través del objetivo de su extremo del doble circuito.

—¿Seguro que el telépata era Melipone? Parece que nadie sabe qué aspecto tiene exactamente; debe de cambiar de patrón fisonómico una vez al mes. ¿Y qué hay de su campo?

—Le dijimos a Joe Chip que fuese al motel y midiese la amplitud del campo generado allí. Según Chip, se registraba un máximo de sesenta y ocho coma dos unidades de aura telepática, que solo Melipone, entre todos los telépatas conocidos, puede producir. Así que colocamos la identichapa de Melipone en ese punto del mapa. Y ahora Melipone..., bueno, la chapa..., ya no está.

—¿Ha mirado en el suelo o detrás del mapa?

—Ha desaparecido electrónicamente. El hombre que representa ya no está en la Tierra ni, por lo que sabemos, en ninguna de sus colonias.

—Consultaré a mi difunta esposa —dijo Runciter.

—Pero los moratorios están cerrados. Es más de medianoche.

—No en Suiza —repuso Runciter, sonriendo con una mueca. Se despidió brevemente y cortó la comunicación.

Como propietario del Moratorio de los Amados Hermanos, Herbert Schoenheit von Vogelsang llegaba al tra-

bajo, naturalmente, antes que sus empleados. En aquel momento, mientras el glacial edificio empezaba a animarse y a poblarse de ecos, un individuo de aspecto clerical y aire preocupado, con gafas casi opacas, chaqueta de piel moteada y zapatos amarillos puntiagudos, esperaba ante el mostrador de recepción con un resguardo en la mano. Era obvio que venía a felicitar a algún pariente. El Día de la Resurrección —la festividad en la que se honraba públicamente a los semivivos— estaba a la vuelta de la esquina y pronto empezarían las aglomeraciones.

—Sí, señor, atenderé personalmente su petición —le dijo Herbert sonriendo obsequiosamente.

—Es una señora mayor, de unos ochenta años, muy bajita y delgada. Mi abuela —explicó el cliente.

—Un minuto—. Herbert se acercó a los recipientes refrigerados para localizar el número 3054039-B. Cuando dio con él, examinó el informe sobre el estado de la carga. Quedaba una reserva de quince días de semivida. No mucho, pensó; conectó un amplificador protofasónico portátil a la tapa transparente del ataúd, lo encendió y movió el sintonizador en busca de la frecuencia adecuada para encontrar señales de actividad cerebral.

Por el altavoz salió una voz apagada: «Y entonces fue cuando Tillie se dislocó el tobillo; todos pensábamos que no se pondría buena nunca, con todas esas tonterías de empezar a caminar antes de lo debido». Satisfecho, desconectó el amplificador y llamó a un empleado para

que se encargara de llevar el recipiente 3054039-B a la sala de conferencias, donde el cliente podría ponerse en contacto con la anciana.

—Ya la ha comprobado, ¿verdad? —preguntó el visitante mientras pagaba los correspondientes contacreds.

—Sí, personalmente —respondió Herbert—. Funciona a la perfección. —Pulsó una serie de interruptores y dio un paso atrás—. Feliz Día de la Resurrección, señor.

—Gracias. —El cliente se sentó frente al ataúd, humeante en su envoltura de hielo sintético. Se colocó unos auriculares, apretándolos contra sus oídos, y habló en tono firme por el micrófono—. Flora, querida, ¿me oyes? Creo que yo te oigo bien. Flora...

Para cuando muera, se dijo Herbert Schoenheit von Vogelsang, *creo que dispondré que mis herederos me hagan revivir un día cada cien años: así podré ver qué suerte corre la Humanidad.* Pero aquello supondría un elevado coste de mantenimiento, y él sabía muy bien lo que significaba. Tarde o temprano se negarían a cumplir su voluntad, sacarían su cuerpo del refrigerante y, Dios no lo quisiera, lo enterrarían.

—La inhumación es una práctica propia de bárbaros —musitó—. Pura reminiscencia de los primitivos orígenes de nuestra cultura.

—Sí, señor —corroboró su secretaria, sentada a la máquina de escribir.

En la sala de conferencias, varios clientes se comunicaban con sus parientes semivivos, en un silencio

arrobado, situado cada uno frente a su correspondiente ataúd. Aquellos fieles, que acudían con tanta puntualidad a rendir homenaje a sus allegados, eran una visión reconfortante. Les llevaban mensajes, noticias de lo que ocurría en el exterior; animaban a los semivivos en los intervalos de actividad cerebral. Y pagaban su buen dinero a Herbert Schoenheit von Vogelsang. La administración de un moratorio era un negocio saneado.

—Me parece que papá está un poco flojo —dijo un joven, reclamando la atención de Herbert—. ¿Podría comprobar su estado? Se lo agradeceré mucho.

—Desde luego —respondió, acompañando al cliente hasta donde estaba el fallecido. La reserva apenas cubría unos pocos días, lo que explicaba lo enrarecido de la cerebración. Pero aun así... Aumentó el volumen del amplificador protofasónico y la voz del semivivo cobró mayor potencia a través del auricular. «Está casi en las últimas», pensó Herbert. Resultaba obvio que el hijo no deseaba enterarse del nivel de la reserva ni saber que el contacto con su padre se iba perdiendo. No le dijo nada; se limitó a salir de la sala, dejando al hijo en comunicación. ¿Por qué habría de decirle que aquella era seguramente su última visita? En cualquier caso, pronto iba a enterarse.

Un camión acababa de llegar a la plataforma de carga de la parte trasera del moratorio. Saltaron de él dos hombres con familiares uniformes azul celeste. Transportes y Almacenaje Atlas Interplan, comprendió

Herbert, llegados para entregar un semivivo o llevarse a alguno definitivamente fallecido. Se dirigía indolentemente hacia ellos para supervisar la operación, cuando le llamó su secretaria:

—Siento interrumpir sus meditaciones, *Herr* Schoenheit von Vogelsang, pero hay un cliente que desea que le ayude a reavivar a un pariente—. Su voz cobró un matiz especial—. Es el señor Glen Runciter, que ha venido desde la Confederación Norteamericana.

Un hombre alto, entrado en años, de grandes manos y zancada larga y decidida, se acercó a él. Llevaba un traje policolor de Dacrón lavable, faja de punto y corbatín de viscosilla teñida. Su cabeza, voluminosa como la de un tigre, se inclinó hacia delante mientras le escudriñaba con sus grandes y prominentes ojos, de expresión a la vez cálida y penetrante. Runciter mantenía en su rostro una apariencia de cordialidad profesional, una atención decidida que fijaba en Herbert, al que estuvo a punto de dejar atrás, como si se dirigiera directamente a lo que le había traído allí.

—¿Cómo está Ella? —atronó Runciter, cuya voz sonaba como si pasase por un amplificador electrónico—. ¿Podrá ponerla en marcha para que hablemos? Solo tiene veinte años; debe de estar en mejor forma que usted y yo.

Soltó una risita que tenía algo de abstracto, de distante; siempre sonreía y siempre soltaba la misma risita, su voz sonaba siempre atronadora, pero en su interior no

sentía la presencia de nadie ni le importaba: era solo su cuerpo el que sonreía, hacía ademanes de asentimiento y estrechaba manos. Nada alcanzaba su mente, que permanecía siempre alejada. Amable, pero distante, arrastró a Herbert a su lado, cubriendo a grandes zancadas la distancia que lo separaba de los receptáculos congelados en los cuales yacían los semivivos, su mujer incluida.

—Hacía tiempo que no le veíamos por aquí, señor Runciter —comentó Herbert; no podía recordar los datos relativos a la señora Runciter, ni cuánta semivida le quedaba.

Runciter puso la palma de la mano en la espalda de su acompañante para que apretara el paso.

—Este es un momento muy importante, Von Vogelsang. Nuestros negocios toman un cariz que va más allá de todo lo racional. No estoy en situación de hacer ninguna revelación al respecto, pero puedo decirle que consideramos que la situación es alarmante, aunque no desesperada. La desesperación no es lo adecuado, en ningún caso. ¿Dónde está Ella? —Se detuvo y miró rápidamente a su alrededor.

—Se la llevaré a la sala de conferencias —dijo Herbert; los clientes no debían permanecer en la sala de los nichos—. ¿Tiene usted el número del resguardo, señor Runciter?

—Vaya, no: lo perdí hace meses. Pero usted ya sabe cómo es Ella Runciter, mi esposa, y podrá encontrarla: unos veinte años, ojos pardos y cabello castaño. —

Miró de nuevo a su alrededor, con impaciencia—. ¿Dónde está esa sala? Antes la tenía instalada donde yo podía encontrarla.

—Acompañe al señor Runciter a la sala de conferencias —ordenó Herbert a uno de sus empleados, que les había estado siguiendo a alguna distancia movido por la curiosidad de ver en persona al mundialmente famoso propietario de una organización antipsi.

Runciter miró con aversión al interior de la sala.

—Está lleno. Ahí no puedo hablar con Ella. —Fue tras Herbert, que se encaminaba hacia los archivos del moratorio—. Señor Von Vogelsang —dijo, dándole alcance y dejando caer de nuevo su zarpa sobre la espalda del hombre; Herbert sintió su peso, su vigor persuasivo—, ¿no tienen ustedes algún sanctasanctórum, algún lugar más discreto para comunicaciones de carácter confidencial? Lo que debo discutir con mi esposa Ella es algo que nosotros, Runciter Asociados, no estamos preparados todavía para revelar al mundo.

Cediendo a la urgencia que había en la voz y en la presencia física de Runciter, Herbert se oyó mascullar:

—Haré que disponga usted de la señora Runciter en uno de nuestros despachos, señor. —Se preguntó qué habría ocurrido, qué presión habría obligado a Runciter a salir de su feudo y emprender aquel tardío peregrinaje hasta el Moratorio de los Amados Hermanos para poner en marcha, por usar su cruda expresión, a su esposa semiviva. Alguna especie de crisis de negocios, conjetu-

ró. Las diversas instituciones de prevención antipsi difundían estridentes arengas por televisión y en los homeodiarios. «Defienda su intimidad», repetían machaconamente los anuncios transmitidos a todas horas y por todos los medios de comunicación. «¿Le sintoniza algún extraño? ¿Está usted realmente a solas?» Aquello iba por los telépatas... Luego estaba la puntillosa preocupación por los precognitores: «¿Predice sus actos alguien al que usted no conoce, que no querría conocer ni invitar a su casa? Termine con su inquietud: acudiendo a la organización de previsión más cercana podrá saber si es usted víctima de una intrusión no autorizada, y siguiendo sus instrucciones, la organización cuidará de eliminar tal intrusión... a un precio muy asequible».

«Organizaciones de previsión.» Le gustaba el término: era preciso y tenía cierto empaque. Conocía el problema por propia experiencia: dos años atrás, un telépata se había infiltrado entre el personal de su moratorio, por razones que no pudo averiguar. Seguramente lo haría para espiar las confidencias entre algún semivivo y sus visitantes. Fuera por lo que fuere, el hecho era que un agente de una de las organizaciones antipsi había detectado el campo telepático y le había puesto sobre aviso. Cuando hubo firmado el contrato correspondiente, asignaron un antitelépata a las dependencias del moratorio. El telépata no fue localizado, pero sí neutralizado, tal como prometían los anuncios de la televisión. Y finalmente, el derrota-

do telépata se había marchado. Ahora el moratorio estaba libre de influencias psi y, para asegurar que se mantuviese en tal estado, la organización lo inspeccionaba una vez al mes.

—Muchas gracias, señor Vogelsang —dijo Runciter, siguiendo a Herbert a través de una sala en la que trabajaban varios empleados y pasando a una habitación interior que olía a viejos e inútiles microdocumentos.

«Naturalmente», rumió Herbert, «me fié de su palabra cuando dijeron que había un telépata; presentaron como prueba un gráfico que habían obtenido. A lo mejor era falso, hecho en sus propios laboratorios. También me fié de su palabra cuando dijeron que el telépata había abandonado; vino, se marchó... y yo pagué dos mil contacreds». ¿Podían ser las organizaciones de previsión un fraude sistemático? ¿No estarían creando demanda de unos servicios que la mayoría de las veces eran innecesarios? Reflexionando sobre ello, se dirigió de nuevo hacia los archivos. Esa vez Runciter no le siguió; se quedó trasteando ruidosamente por el cuarto y, suspirando, acomodó por fin su aparatosa mole en una frágil butaca. A Herbert le pareció que el fornido anciano estaba cansado, a pesar de su acostumbrado despliegue de energía.

«Supongo que cuando uno pertenece a ese mundo», concluyó Herbert, «tiene que actuar de una forma especial, tiene que aparecer como algo más que un ser humano con sus simples fallos». El cuerpo de Runciter debía de contener más de una docena de prótesis, órga-

nos artificiales injertados que suplían a los naturales, ya envejecidos o perdidos. La ciencia médica, pensó Herbert, le proporcionaba los instrumentos y la autoridad de la mente de Runciter hacía el resto. Se preguntó qué edad tendría; resultaba ya imposible deducirla de su aspecto, en especial pasados los noventa.

—Señorita Beason —dijo a su secretaria—, localice a la señora Ella Runciter y deme su identinúmero. Hay que llevarla a la oficina 2-A. —Se sentó al otro extremo del despacho y se entretuvo en tomar un par de pellizcos de rapé *Príncipe*, de Fribourg & Treyer, mientras la señorita Beason emprendía la tarea, relativamente fácil, de localizar a la esposa de Glen Runciter.

2

> La mejor forma de pedir una cerveza es pedir Ubik. Elaborada con lúpulo rigurosamente seleccionado y agua de la más absoluta pureza, envejecida hasta alcanzar el sabor perfecto, número uno entre las cervezas de la nación. Elaborada exclusivamente en Cleveland.

Rígida en su ataúd transparente, envuelta en emanaciones de vapor helado, Ella Runciter yacía con los ojos cerrados y las manos eternamente levantadas hacia su rostro, que permanecía impávido. Hacía tres años que no la veía y, naturalmente, no había cambiado. No cambiaría nunca, al menos en lo exterior. Pero a cada resurrección a la semivida activa, a cada vuelta a la actividad cerebral, por corta que fuera, Ella moría un poco. El tiempo que le quedaba menguaba por etapas. El hecho de saberlo explicaba la resistencia de Runciter a reanimarla más a menudo. Lo

razonaba así: hacerlo constituía un pecado contra ella, venía a ser como condenarla. En cuanto a los deseos que ella había formulado expresamente en vida y en ocasión de anteriores encuentros, ya en su estado de semivida, Runciter conservaba unos recuerdos imprecisos. De todas formas, siendo cuatro veces mayor que ella, él sabía mejor lo que le convenía. ¿Qué era lo que había pedido? Seguir ejerciendo como copropietaria de Runciter Asociados o alguna vaguedad por el estilo. Pues bien, ya había satisfecho sus deseos. Lo estaba haciendo en aquel momento, como lo hiciera en media docena de ocasiones anteriores: a cada crisis de la organización le pedía su parecer.

—Maldito auricular — refunfuñó mientras se ajustaba el disco de plástico al parietal. Todo eran obstáculos para la comunicación natural. Como el micrófono. Se sentía impaciente e incómodo, y buscaba en vano la posición en la butaca tan inadecuada que le había facilitado el tal Vogelsang, o como se llamara. La observó mientras esperaba que adquiriera el estado de consciencia, deseando que se apresurase un poco. «Quizá no lo consiga», pensó, súbitamente asaltado por el pánico. «Quizá se haya gastado y no me lo hayan dicho. O no lo sepan. Debería llamar a ese tal Vogelsang para pedirle una explicación. Tal vez esté ocurriendo algo terrible».

Ella, bonita y de piel delicada. Sus ojos, en los días en que estaban abiertos, habían sido de un azul brillante y luminoso. Pero aquello ya había pasado: podía hablarle y escuchar sus respuestas, podía comunicarse con ella..., pero nunca volvería a verla con los ojos abiertos, y sus

labios no se moverían. Cuando él llegase, no le sonreiría, ni lloraría cuando se marchara. «¿Vale la pena?», se preguntó. «¿Es mejor esto que el viejo sistema, directo de la vida a la sepultura? Así la tengo todavía conmigo, en cierto modo. Es esto o nada».

En el auricular iban cobrando forma palabras lentas e inseguras, pensamientos triviales que giraban sobre sí mismos, fragmentos del misterioso sueño en el que ella moraba ahora. Runciter se preguntó qué se sentiría en la semivida. Con lo que Ella le contaba no conseguía hacerse una idea; la base de todo, la vivencia, era intransmisible. Una vez se refirió a la gravedad: «Cada vez la sientes menos, hasta que empiezas a flotar y sigues así, flotando y flotando. Cuando se acaba la fase de semivida, creo que sigues flotando fuera del Sistema, en las estrellas». Pero ella tampoco lo sabía: solo hacía conjeturas. Pero no parecía asustada, ni triste. Él se alegraba por eso.

—Hola, Ella —articuló torpemente por el micrófono. Oyó una exclamación por toda respuesta. Parecía sobresaltada y, sin embargo, su rostro permanecía lógicamente inmutable. No mostraba nada. Runciter apartó la mirada.

—Hola, Glen —dijo ella unos momentos después. Su voz reflejaba un asombro infantil, como si fuese una sorpresa encontrarle allí—. ¿Qué...? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un par de años — respondió él.

—Dime qué pasa.

—Oh, Cristo. Todo se está viniendo abajo, toda la organización. Por eso estoy aquí; querías tomar parte en

las decisiones de política de alto nivel, y Dios sabe cuánto necesitamos eso ahora: una nueva política, o al menos una renovación de nuestra estructura de informadores.

—Estaba soñando —dijo Ella—. Veía una luz roja humeante; una luz horrible. Y yo seguía yendo hacia ella, no podía parar.

—Sí, el *Bardo Thodol,* el *Libro Tibetano de los Muertos,* habla de eso —asintió Runciter—. Tú lo has leído, ¿no te acuerdas? Los médicos te lo hicieron leer cuando te.. . —Se interrumpió y, tras una pausa, terminó la frase—. Cuando te estabas muriendo.

—Esa luz roja es mala, ¿verdad?

—Sí, y tú quieres escapar de ella. —Runciter carraspeó—. Escucha, Ella, tenemos problemas. ¿Te sientes con ánimos para que te los cuente? No quisiera fatigarte ni abusar de ti, de veras; si estás cansada o quieres hablar de otra cosa, dilo.

—Es muy extraño. He estado soñando todo este tiempo, desde la última vez que hablamos. ¿Dos años, dices? ¿Sabes lo que pienso, Glen? Creo que todos los de aquí estamos cada vez más unidos. Muchos de mis sueños no tienen nada que ver conmigo. A veces soy un hombre y a veces un niño; a veces soy una mujer gorda y vieja, con varices, y estoy en sitios que nunca había visto, haciendo cosas que no tienen sentido.

—Bueno, como dicen, te diriges hacia una nueva matriz de la que nacer. Y esa luz roja es una matriz que no es la adecuada: no debes ir hacia ella: es una matriz indigna, impropia. Probablemente, son anticipaciones

de tu próxima vida, o lo que sea. —Se sentía estúpido al hablar así. Carecía de toda convicción teológica, pero la experiencia de la semivida era una realidad patente que hacía aflorar lo que cada uno tenía de teólogo en su interior. Cambió de tema— . Verás, voy a contarte lo que ha ocurrido, lo que me ha hecho venir aquí a molestarte. Hemos perdido de vista a S. Dole Melipone.

Tras un instante de silencio, Ella se echó a reír.

—¿S. Dole Melipone? ¿Y eso qué es? No puede haber nada con ese nombre.

Aquella risa, su cálida y bien conocida vibración, hizo estremecerse a Runciter; la recordaba bien, aun después de tanto tiempo. Hacía diez años que no la oía.

—Quizá te hayas olvidado.

—No me he olvidado. No podría olvidar un S. Dole Melipone. ¿Es como un hobbit?

—Es el mejor telépata de Raymond Hollis. Hemos tenido por lo menos a uno de nuestros inerciales siguiéndole los pasos desde que G. G. Ashwood lo detectó, hace un año y medio. Nunca le perdemos el rastro; no podemos permitírnoslo. Si hace falta, es capaz de generar un campo psi dos veces más intenso que el de cualquier otro empleado de Hollis. Y Melipone es solo uno de una larga lista de gente de Hollis que ha desaparecido. Desaparecido por lo que a nosotros respecta, claro, y por lo que saben las organizaciones de previsión de la Sociedad. Así que he pensado: «Diablos, le preguntaré a Ella qué ocurre y qué debemos hacer», tal como habías dispuesto en tu testamento, ¿recuerdas?

—Sí. —Su voz sonaba distante—. Pon más anuncios por televisión. Avisa a la gente. Diles... —Su voz se apagó lentamente.

—Esto te aburre —dijo Runciter con desaliento.

—No. Es que... —Vaciló, y Runciter sintió que se alejaba de nuevo—. ¿Son todos telépatas? —Preguntó Ella tras una pausa—. Telépatas y precos en su mayoría. No están en la Tierra, eso ya lo sabemos. Tenemos a una docena de inerciales sin nada que hacer porque los psis a los que han estado neutralizando no aparecen por ninguna parte, y lo que más me preocupa es que la demanda de antipsis ha bajado, algo que era de esperar, ya que han desaparecido tantos psis. Pero me consta... bueno, me parece... que están metidos todos en un único proyecto. Estoy seguro: alguien ha contratado toda la plantilla, pero solo Hollis sabe dónde está, y qué pretende. —Calló, meditabundo. ¿Cómo podría Ella serle útil? Encerrada en su nicho, hibernada, fuera del mundo, solo sabía lo que él le contaba. Y, sin embargo, siempre había confiado en su sagacidad, aquella perspicacia femenina basada no en el conocimiento ni la experiencia, sino en una sabiduría innata. Mientras ella estaba viva, Runciter no había conseguido explicárselo, y desde luego no podría hacerlo ahora que yacía en aquella glacial inmovilidad. Las mujeres que había conocido después de su muerte, y habían sido varias, carecían de ella o poseían apenas un leve indicio. Simples asomos de potencialidades mayores que nunca llegaban a emerger con la fuerza del caso de Ella.

—Cuéntame cómo es el tal Melipone.

—Un tipo raro.

—¿Trabaja solo por dinero, sin convicción? Siempre me han preocupado más los que tienen esa mística psi, ese sentido de propósito, de identidad cósmica. Como aquel horrible Sarapis, ¿te acuerdas de él?

—Sarapis es historia. Parece ser que Hollis se lo cargó porque pretendía montar su propio negocio y hacerle la competencia. Uno de sus precos le dio el chivatazo. Pero Melipone es todavía peor que Sarapis. Cuando está en forma hacen falta tres inerciales para contrarrestar su campo, y así no hay forma de sacar beneficio: cobramos..., cobrábamos la misma tarifa que con uno solo. Ahora hemos de ceñirnos a las tarifas vigentes en la Sociedad. —Cada año le gustaba menos la Sociedad; su inutilidad, su antieconomía, se habían convertido en una obsesión para él, por no hablar ya de su pomposidad—. Por lo que sabemos, Melipone lo hace por dinero. ¿Hace que te sientas mejor? ¿Es menos preocupante? —Esperó, pero Ella no respondía—. Ella... —Silencio. Nervioso, insistió—. Ella, ¿me oyes? ¿Pasa algo? —*Oh, Dios, ya no está,* pensó.

Hubo una pausa, y después un pensamiento se materializó en su oído derecho.

—Me llamo Jory. —No era Ella; advertía una entonación distinta, más decidida y a la vez más torpe, falta de sutileza.

—Deje libre la línea —dijo asustado—. Estaba hablando con mi esposa. ¿De dónde sale usted?

—Soy Jory, y nadie habla conmigo. Me gustaría conversar un rato con usted, señor, si no tiene inconveniente. ¿Cómo se llama?

—Quiero hablar con mi mujer, la señora Ella Runciter— balbuceó—. He pagado para hablar con ella y quiero hablar con ella, no con usted.

—Conozco a la señora Runciter —retumbó el pensamiento en su oído, mucho más fuerte ahora—. A veces habla conmigo, pero no es lo mismo que hablar con alguien del mundo, como usted. La señora Runciter está aquí: no cuenta porque sabe lo mismo que nosotros. ¿En qué año estamos, señor? ¿Ya enviaron aquella nave tan grande a Próxima? Me interesa mucho; a lo mejor sabe usted algo. Si quiere, se lo puedo contar a su esposa. ¿De acuerdo?

Con un gesto brusco, Runciter arrancó la conexión del auricular y arrojó al suelo los cascos y todo el instrumental. Abandonó la polvorienta oficina y recorrió las hileras de ataúdes refrigerados, meticulosamente ordenados por números. Los empleados del moratorio salieron a su paso, retirándose después mientras él proseguía su búsqueda del propietario.

—¿Ocurre algo, señor Runciter? ¿En qué puedo servirle? —preguntó el individuo en cuestión al verle llegar.

—Se ha metido algo en la línea —respondió, jadeante, Runciter—. En lugar de Ella. Maldita pandilla de pretenciosos; esto no debería pasar. ¿Y qué significa? —Siguió al dueño del moratorio, que ya había salido hacia la oficina 2-A—. Si yo llevara así mi negocio...

—¿Se ha identificado el individuo?

—Sí, ha dicho que se llama Jory.

—Será Jory Miller —dijo Von Vogelsang, frunciendo el ceño con evidente preocupación—. Creo que está colocado al lado de su esposa.

—¡Pero si yo estoy viendo a Ella!

—Con la proximidad prolongada suele producirse una ósmosis mutua, una interpenetración de las mentes de dos semivivos. La actividad cefálica de Jory Miller es particularmente buena; no así la de su esposa. Eso explica el lamentable paso unidireccional de partículas protopáticas.

—¿Puede arreglarlo? —preguntó Runciter con acritud; se sentía cansado, tembloroso y todavía jadeante—. ¡Saque eso de la mente de mi mujer y hágala volver! ¡Para eso está usted aquí!

—En caso de persistir esta anomalía le será reembolsado el dinero abonado —dijo Von Vogelsang en tono ampuloso.

—¿Qué me importa el dinero? No me hable del dinero. —Habían llegado a la oficina A-2. Tambaleándose, Runciter se sentó; su corazón estaba tan alterado que apenas podía hablar—. Si no saca a ese Jory de la línea, le demandaré —dijo en una mezcla de susurro y gruñido—. ¡Haré que cierren este tugurio!

Situándose ante el ataúd, Von Vogelsang apretó el auricular contra su oído y habló con energía por el micrófono.

—Sal de ahí, Jory, sé un buen chico. —Mirando a Runciter, añadió—: Jory expiró a los quince años, por eso

tiene tanta vitalidad. No es la primera vez que ocurre: ya ha aparecido varias veces donde no debe. —Volvió a hablar por el micrófono—. Eso no está nada bien, Jory; el señor Runciter ha venido de muy lejos para hablar con su esposa. No borres su señal, Jory, eso está muy feo. —Hubo una pausa mientras Von Vogelsang escuchaba por el auricular—. Sí, ya sé que tiene una señal muy débil. —Volvió a escuchar, con aire solemne y parecido a una rana. Después se quitó los auriculares y se puso en pie.

—¿Qué ha dicho? ¿Saldrá de ahí y me dejará hablar con Ella?

—No hay nada que pueda hacer Jory. Imagine dos emisoras de frecuencia modulada, una muy cerca de usted, pero limitada a una potencia de quinientos vatios, y otra muy alejada, funcionando a la misma o casi la misma frecuencia, pero utilizando cinco mil vatios. Cuando se hace de noche...

—Y ya se ha hecho de noche —le interrumpió Runciter. Al menos para Ella. Quizá también llegara la noche para él, si no conseguía dar con todos los telépatas, paraquinéticos, precos, resurrectores y vivificadores de Hollis que habían desaparecido. No solo había perdido a Ella, sino también sus consejos, al haberla suplantado Jory antes de que pudiera dárselos.

—Cuando la devolvamos a la cámara —parloteaba Von Vogelsang—, no la pondremos al lado de Jory. Si está usted de acuerdo en satisfacer una cuota mensual ligeramente superior, podemos colocarla en una cámara superaislante con paredes forradas de Teflón-26 para

impedir que se produzca cualquier penetración heteropsíquica..., por parte de Jory o de quien sea.

—¿No es ya demasiado tarde? —dijo Runciter, saliendo por un momento de la depresión en la que le había sumido el incidente.

—Puede que vuelva, una vez eliminado el influjo de Jory y de cualquier otro que haya podido entrar, aprovechando su estado de debilidad. Su esposa es accesible prácticamente a todos. —Von Vogelsang se mordió el labio, pensando—. A lo mejor no le gusta estar aislada, señor Runciter. Verá, si tenemos tan juntos los contenedores, los ataúdes, como los llama el público profano, es por una razón. Vagar unos por las mentes de otros da a los semivivos la única...

—Aíslela ahora mismo —cortó Runciter—. Prefiero que esté aislada a que deje de existir.

—Existe —le corrigió von Vogelsang—. Lo que pasa es que no puede comunicarse con usted. Hay una diferencia.

—Una diferencia metafísica que para mí no significa nada.

—La pondré en aislamiento. Aunque creo que está usted en lo cierto: es demasiado tarde. Jory ha penetrado en ella de forma definitiva, al menos hasta cierto punto. Lo lamento mucho.

—Yo también —dijo Runciter con aspereza.